

## Comentario al evangelio del domingo, 22 de marzo de 2015

Queridos hermanos:



Jeremías nos dice en la primera lectura: “Haré con la casa de Israel y la casa de Judá una alianza nueva. No como la que hice con vuestros padres. Ellos, aunque yo era su Señor, quebrantaron mi alianza. Sino que así será la alianza que haré con ellos...” y marca al menos tres características de esa nueva alianza. “Meteré mi ley en su pecho, la escribiré en sus corazones”, la primera alianza estaba escrita en tablas de piedra, mientras que la segunda está grabada en los corazones. “Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo”, la nueva alianza nos transforma en pueblo, la base es la gente, la comunidad. “Y no tendrá que enseñar uno a su prójimo, el otro a su hermano, diciendo: Reconoce al Señor. Porque todos me conocerán, desde el pequeño al grande, cuando perdone sus crímenes, y no recuerde sus pecados”, conocer al Señor es reconocerle como el Dios de la misericordia, del amor, del perdón y de la vida. La nueva alianza que nos propone Dios a través de Jeremías, es la muerte del Hijo, entregado a la tierra como un grano de trigo, de su muerte nacerá la vida. La nueva alianza es Jesucristo.

El texto del Evangelio de hoy nos sitúa en las puertas de la Semana Santa y nos presenta primeramente una actitud que tenemos que tener antes las fiestas que se nos avecinan; esa actitud es la búsqueda. “Quisiéramos ver a Jesús”, el ser humano es un ser que busca: belleza, felicidad, amor, sentido, esperanza, respuestas, plenitud, verdad. Y en esa búsqueda queremos una referencia que nos sirva de orientación, que aclare nuestra oscuridad, que motive nuestro esfuerzo, que nos haga crecer. Hay

muchas ofertas de respuesta. La de Jesús es la cruz: “Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre”, lo suyo es ser grano de trigo, no amarse a sí mismo, ser servidor. No se asemeja mucho a lo que quieren oír las gentes, por eso hablamos del misterio Pascual. Quien sólo piensa en sí mismo está equivocado, quien piensa la vida como una realidad que afecta a todos y en la que estamos embarcados de modo comunitario, está en lo cierto. Quien se encierra en sí mismo y se sirve de los demás se frustrará, quien piensa en los demás y busca el modo de ayudarles, ese encontrará lo que buscaba. Es una respuesta paradójica no basada en la fuerza del poder, sino en la fuerza del amor y en la debilidad de la muerte: “si muere, da mucho fruto”. Aquí la muerte no es la negación de la vida.

Todo el amor que Jesús recibe del Padre, nos lo entrega, esto hace posible la salvación; se ha roto la separación entre Dios y el hombre, se crea una nueva alianza. En Jesús se realiza el proyecto de Dios que significa la plenitud humana. La gloria de Dios ya tiene un nuevo templo donde estar: el amor y la vida; el nuevo templo es el Hombre. El Hombre-nuevo, el perfecto hombre hecho a imagen y semejanza de Dios, es la respuesta a los que buscamos, el camino de todos los que buscan la vida. No es fácil: “Ahora mi alma está agitada y, ¿qué diré?: Padre, líbrame de esta hora. Pero si para esto he venido, para esta hora. Padre glorifica tu nombre” (recuerda Getsemaní). Jesús vence la tentación y reafirma su fidelidad a la misión recibida, su entrega al Padre manifiesta que su gloria y su destino es que el hombre viva, que llegará a su mayor expresión en la cruz y la resurrección. Como diría Monseñor Romero, ahora que se le va a beatificar y que el próximo martes 24 celebramos el 35 aniversario de su asesinato: “La gloria de Dios es que el pobre viva”.

Celebrar la Semana Santa, hacer la alianza con Dios, estar en búsqueda, renacer a la vida nueva, es el fruto de nuestra propia muerte, de una renuncia total a un modo de existencia basado en el egoísmo (amar la propia vida) para comenzar a andar por el camino de la entrega total (perder la vida). Como Jesús, también nosotros a menudo tendremos la tentación de decirle a Dios: “¡Líbrame de esta hora!”. Pero también como él tendremos que afirmar de inmediato: si para esto he caminado toda mi vida, he buscado, para esto he nacido: para que el amor resplandezca en mi vida. Esto es lo que celebramos comunitariamente todos los días en la Eucaristía.

Julio César Rioja, cmf

---

Publicado en Ciudad Redonda

[www.ciudadredonda.org](http://www.ciudadredonda.org)